

potencial militar y político de las fuerzas rebeldes y en cierta forma estimuló a Villa a entrar de lleno en la lucha. Posteriormente Chao fue nombrado por Venustiano Carranza, Gobernador de Chihuahua en 1913, de acuerdo a las potestades otorgadas al Primer Jefe en el Plan de Guadalupe, lo que causa un conflicto de autoridad entre el Gobernador y el General Villa, quien como Jefe de la División del Norte reclamaba la suprema autoridad en la región.

Esto fue el comienzo de las diferencias profundas que surgieron entre Carranza y Villa y cuando finalmente vino la ruptura, Chao se unió a Villa. Cuando el Villismo fue vencido, marchó a Costa Rica. En relación con los billetes que he mencionado y que por cierto llevaban la firma del General Chao, tienen su origen en la necesidad de fondos del Gobierno Constitucionalista habiendo autorizado Carranza a los jefes militares y gobernadores de seis estados para que imprimieran papel moneda válido en los territorios bajo su mando.

Durante el exilio en Costa Rica Chao se unió a las fuerzas revolucionarias contra los Tinoco y al triunfar le fue ofrecido un homenaje por la ciudadanía de Cartago, entregándole una suma de dinero en efectivo en señal de agradecimiento. Volvió a México en 1923 como lo mencioné al principio de esta anécdota, para unirse a la rebelión de Adolfo de la Huerta. Cayó prisionero y fue fusilado en Jiménez, Chihuahua en 1924. Así quedan en la mente los recuerdos imborrables de ciertos hechos que ocurrieron en la infancia, cuando con los hijos de Chao, jugaba con billetes sin valor. ¡Valeroso había sido Chao y cuantos como él ofrendaron su vida por un ideal!

### EL "SIGNO DE LA MONJA"

Vesalio Guzmán

Una madrugada, en el viejo Salón Zumbado del Hospital San Juan de Dios, un paciente se moría. Había sufrido una intensa hemorragia y estaba en shock. Claro, eran otros tiempos, pero sangre, sueros y mucho más se le había dado. La presión que estuvo en cero, le subía algo. Ya por allí se le oía en cuarenta. ¡Más sangre! Uno de los compañeros internos donó la suya y calentita se la pusimos. Qué jóvenes éramos y qué llenos de ilusiones. Con apenas cinco internos en el Hospital San Juan de Dios y sin residentes, a la una de la madrugada no queríamos dejar la lucha. Frío, sudoroso, con la palidez mortal del soldado aquel herido de la Ilíada, seguía uno a uno todos nuestros actos médicos. No tenía pulso, su respiración era rápida, su mirada de angustia en sus ojos hundidos. ¡Más sangre! ¡Parece que se oye en sesenta, aumentale el oxígeno! En esos momentos vimos acercarse a la monja veladora, con su gran sombrero de alas de pico de las Hijas de San Vicente de Paul. Era una ancianita monja francesa, algo encorvada de hombros, de andar despacioso como de quien tiene la tarea de toda una noche recorriendo los kilómetros de corredores del Hospital San Juan de Dios. La notamos porque traía una campanita en la mano que sonaba para que se supiera por

dónde andaba. ¿Qué pasa?, preguntó la monjita con su acento y nos miró uno a uno y al paciente. Le explicamos que el paciente estaba reaccionando, ya le ofamos presión y creíamos que saldría adelante. Volvió a mirar al paciente y se acercó. Con el dorso de su dedo mediano tocó la punta de la nariz. Nos miró a todos, uno a uno y dijo "Se imuegue!" Dio media vuelta y se alejó, sonando su campanita. Nos miramos, mitad sorprendidos, mitad resentidos por la imprudencia de la monja. No iría por la puerta del salón, cuando expiró el paciente! Regresó pausadamente, se acercó y nos dijo: "iven, como se mueguen!" Y se alejó, tocando su campanita. Desde entonces, algunos de los médicos de aquel tiempo recordamos "El Signo de la Monja" la punta de la nariz fría: ¡Signo de la Muerte!

### LOS NIDOS DE CIGUEÑAS DE TRUJILLO

Era el último día de agosto y el sol de Extremadura entraba duro en aquellos llanos, a veces interrumpidos por colinas suaves, campos de labranza recién segados y por aquí y allá uno que otro cortijo blanco. Cortaba la monotonía dorada el verde de las encinas que en el pasado alimentaron con sus bellotas a los cerdos que daban el gustoso jamón serrano. A una hora de dejar Cáceres divisábamos sobre un cerro el Castillo de Trujillo. Subimos a pie por las callecitas estrechas y adoquinadas que conducen a la Plaza Mayor, imponente, amplia, rodeada de viejos palacios blasonados, como el de los Pizarro, el de los Vargas-Carvajal, la casa de los Orellana-Toledo y la Parroquia de San Martín; domina el espacio la estatua ecuestre de Pizarro, la mejor que he visto en España, donada por los esposos norteamericanos Rumsey que admiraban sin duda al hombre que conquistó al Perú. Cosa curiosa pero en España no vemos mucho de los Pizarro, ni de los Cortés ni de cuantos le dieron todo un mundo. Subimos por empinadas callecitas desiertas en aquel domingo. Aquí el palacio de los Duques de San Carlos convertido en convento de clausura, perfectamente reconstruido y que visitamos casi todo. Allá casas más bajas, de piedra, sobrias como el paisaje para llegar a la Torre del Alfiler, torre mudejar de la que sobresale una aguja que se perfila hacia el cielo. La Iglesia de Santiago con su campanario románico del siglo XIII que con su alta torre señorial forma un lado al Arco de Santiago, una de las siete puertas que tuvieron las antiguas murallas. La Iglesia de Santa María, del siglo XIII, ya cerrada al culto de Dios, pero que la abre una vieja cuidadora para el culto de los caballeros de la Conquista en cuya pila bautismal, labrada en piedra caliza blanca, recibieron las aguas Francisco Pizarro y Francisco de Orellana.

Es un gótico con bóvedas de crucería posteriormente reconstruidos con un bello retablo en el altar mayor de Fernando Gallego en proceso de desaparecer en ruinas. ¡Qué paz se vive en estas callecitas, sin un alma, con casas como las de la Cuesta de la Sangre, en piedra oscurecida por los siglos que se apoyan en restos de las antiguas murallas de la ciudad y tapias de viejos corrales